

CAPÍTULO 7

UNA MIRADA CONSTANTE

PEDRO AGRIPINO ICÓ BAUTISTA

Mi comunidad

Nací en la ranhería San Andrés Puerto Rico, municipio de Huixtán, Chiapas. En cuanto a la historia de este lugar les cuento lo siguiente: entre el año de 1910 y 1912, durante la revolución mexicana, el estado de Chiapas vivió grandes conflictos. Hubo una guerra civil en las zonas rurales, es decir, también en los municipios de nuestra área como Oxchuc, Tenejapa, Huixtán y Altamirano, entre otros. Los principales actores o grupos bélicos eran los carrancistas, los villistas y los mapachistas. Todos ellos peleaban por una razón: la tierra. La lucha por la tierra se dio principalmente en las haciendas ocupadas por gente ladina. A partir de la revolución, muchas tierras quedaron desocupadas, pues los invasores ladinos fueron expulsados o desplazados junto con algunos indígenas aliados.

Precisamente en estos tiempos unos ladinos desplazados por la guerrilla de los carrancistas fundaron la ranhería San Andrés Puerto Rico en el municipio de Huixtán. Se dice que los fundadores fueron la familia Trujillo y la familia Liévano y quien nombró el lugar fue el señor Pedrón Liévano. Él lo bautizó como ranhería San Andrés. Primero, porque no se creó como ejido y, segundo, porque ahí se encontraba una ermita construida originalmente para dicho santo que se volvió entonces el santo patrono del pueblo. El señor Pedrón agregó el nombre Puerto Rico porque según los habitantes anteriores, uno de ellos había hallado dinero y oro en el lugar

donde se encuentra actualmente la escuela primaria. Fue un afortunado quien descubrió el tesoro y se lo llevó. Puerto Rico se refiere pues al espacio donde encontraron el oro y, de hecho, se dice que en aquel entonces dejaron una huella en el cerro donde lo excavaron.

Mi vida en la comunidad

La ranhería San Andrés Puerto Rico me vio nacer el 23 de junio de 1974. Soy gemelo, hijo de un campesino humilde y tengo ocho hermanos. Mi lengua materna es el tsotsil que manejo un noventa por ciento, pero también entiendo el tseltal y lo hablo un poco. A los ocho años de edad, mis papás me enviaron a una escuela rural, la primaria federal Revolución Social. Una vez terminada la primaria, dejé de estudiar por un año por falta de recursos económicos, pero a finales de los años ochenta entré a la escuela secundaria José María Morelos y Pavón localizada en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

Desde temprana edad nuestros papás nos acostumbraron a trabajar en el campo; laboramos y cosechamos para tener algo que comer. Sembrábamos frijoles, maíz, frutas y legumbres. Las tierras por mi rumbo no son tan fértiles, pues el clima es muy frío en los veranos y seco en los inviernos. Pero así vivimos.

En los años noventa me tocó vivir algunas experiencias buenas pero también algunas malas. Las buenas fueron convivencias pacíficas tanto con

compañeros indígenas como ladinos, especialmente la participación mutua en actividades compartidas en la comunidad y la iglesia. Las malas tienen que ver con la fragmentación ideológica causada por la desigualdad y el racismo. Me enfrenté a humillaciones de los kaxlanes y kaxlanas por el hecho de ser indígena. Descubrí la diferencia y la actitud del rechazo, porque la población está dividida en dos partes: ladinos e indígenas. Los ladinos son los que mandan y los indígenas obedecen. Un ejemplo muy claro de ello es cómo en tiempos anteriores los ladinos se sentían con todo el derecho de acaparar la mano de obra barata de los indígenas que no hablaban castilla como ellos. Los estaban utilizando para sus tierras como mozos, jornaleros y mal pagados, considerándolos "sus trabajadores". Para mí, sin embargo, los hacendados simplemente no llamaban esclavos a sus esclavos. Los llamaban "trabajadores contratados" o algo parecido. Pero todavía en los años noventa, algunos campesinos contratados por un rancho o una hacienda fueron realmente explotados y amarrados por las deudas con sus patrones; deudas que no podrían liquidar por la misma necesidad de sostener a su familia.

En mi caso, afortunadamente no me tocó esta situación, pero la viví de otra manera. Conocí las humillaciones, el desprecio, las burlas y otras cosas más, ya que los ladinos en mi época nos estereotipaban a su manera. Me refiero al racismo y a la discriminación. En mi experiencia donde más he enfrentado el racismo fue cuando entré a estudiar en la escuela primaria. Ahí no sentía compañerismo con los ladinos, a excepción de los maestros de clase que intentaban tratarnos a todos como iguales. Ahí en la cancha de basquetbol escuché palabras como "tonto", "inútil" o "cochino", dirigidas a mí y a mis compañeros indígenas. Cuando se enojaban los ladinos de los grados mayores, incluso nos llamaban "indio" o "pata rajada".

Un acontecimiento brusco motivado por el racismo, fue la expulsión de los feligreses indígenas de la iglesia católica en mi comunidad. En una sola ermita se congregaban todos los católicos tanto ladinos como indígenas. Sin embargo, muchos de los primeros no estaban de acuerdo

con que se asociaran los indígenas con ellos, simplemente porque no los consideraban como iguales por no hablar el castilla y por no cooperar para la iglesia. Según ellos, esa fue la razón para cerrarnos la iglesia. Para mí, la expulsión de los indígenas fue un caos, una experiencia muy fuerte. Me acuerdo de ese día porque salí corriendo con mucho miedo cuando escuché el disparo de una pistola. Fue un domingo por la mañana cuando, como de costumbre, íbamos a recibir la plática y la práctica doctrinales. Pero ese día los ladinos nos cerraron la puerta de la iglesia con amenazas y armas de fuego. Incluso ni se le permitió el acceso al sacerdote que llegaba a visitarnos para predicar y dar la misa.

Desde entonces mi coraje contra la discriminación ejercida por unos cuantos racistas ladinos, me dejó ver qué camino seguir: Una de mis metas era estudiar y aprender hablar castilla, para poder entender la incongruencia ideológica de los opresores ladinos, y para poder expresarme y defenderme en muchos contextos sociales, no solamente en el aula de la escuela.

Mi llegada a la ciudad

A los 15 años de edad, migré a la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, con la finalidad de seguir estudiando y, por supuesto, trabajando para ganarme la vida. Antes pensaba que la vida en la ciudad era más fácil que la vida en el campo. Sin embargo, en los primeros años encontré bastante difícil acoplarme tanto a mi trabajo como a la ciudad en general. Me acuerdo bien de mi primer trabajo en una casa coleta en el barrio de Guadalupe. Me dieron tareas para todo el día y me llamaban "su mocito" pero trataban mejor a sus perros que a mí. Efectivamente me echaron de la casa sin comida cuando me acusaron de la huida de un perico o cotorro porque alguien había dejado abierta la puerta de su jaula. Salí llorando de la casa y me perdí entre las calles de la ciudad buscando a algunos familiares que vivían en una de las colonias cerca de La Hormiga. Luego regresé a mi comunidad de origen porque no me parecían los maltratos que recibí de mis patrones y además extrañaba a mi familia.

Unos meses después, volví a la ciudad de San Cristóbal en busca de mejor calidad de vida. Vine para seguir estudiando y trabajando. Una maestra de la escuela me dio trabajo en su casa y me permitió estudiar en las tardes. Ella era muy estricta y no me dejaba salir salvo los domingos, pero el trato, aunque duro, era mucho mejor que en la primera casa coleta. También yo ya no me dejaba insultar, poco a poco estaba superando psicológicamente el trato racista y la discriminación, el ser visto como un “indígena ignorante”. Estaba convencido de la necesidad de luchar por mi dignidad. Sentí coraje contra los abusos, pero también orgullo de mi mismo y ganas para trabajar en el afán de volverme alguien en la vida. Para mí, la superación personal es muy importante porque nos permite encontrar los recursos para enfrentar el racismo de los ladinos del pueblo y el desprecio de una sociedad que muchas veces nos desconoce y nos niega nuestros derechos humanos.

Entre 1994 y 1997, cursé el nivel medio superior en el Colegio de Bachilleres (COBACH) del Plantel II en San Cristóbal de Las Casas. A finales de 1997, entré a estudiar la carrera de antropología social en el campus de ciencias sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH). Mis estudios en estas dos escuelas los he realizado de manera muy sacrificada ya que he venido trabajando con un pago muy bajo. Después de mis avatares en el servicio doméstico, busqué ahora chamba en restaurantes y bares. Como *barman* aprendí a hacer cócteles y como mesero a tomar órdenes y servir la comida. A pesar de todo me he pagado mis estudios con mucho esfuerzo; tal vez hasta con llantos y con hambre. Pero aún así estoy muy orgulloso de haber terminado mi carrera y haber aprendido algo en la vida.

El reencuentro con la cultura indígena

A través de mis estudios me di cuenta que hay algo más que aprender y hacer en la vida: por ejemplo, trabajar en pro de los derechos indígenas, colaborar en proyectos en las comunidades y convivir con la gente que

está activamente promoviendo la causa y la cultura indígena. Pero nunca me imaginé que yo mismo trabajaría algún día en una organización indígena. En aquel entonces mi visión era más bien volverme maestro bilingüe. Pero no logré inscribirme a tiempo para el examen y decidí seguir estudiando para obtener mi licenciatura en antropología social.

En 1998, cuando era estudiante universitario me ofrecieron un trabajo como voluntario en el Centro de Desarrollo de la Medicina Maya (CEDEMM) que pertenece a la Organización de Médicos Indígenas del estado de Chiapas (OMIECH). Quien me dio la oportunidad de entrar en la organización fue uno de los miembros fundadores y entonces coordinador de la OMIECH: Sebastián Luna Gómez, originario de Tenejapa, y una persona con mucha capacidad de comunicación y habilidad para promover la organización. Fue una gran pérdida para todos nosotros su prematuro fallecimiento; que descanse en paz Sebastián.

En la OMIECH empecé en el área del museo y me desempeñé como guía de los visitantes. En 1999, me contrataron como trabajador de confianza. Parte de mis responsabilidades laborales fue realizar promociones locales, estatales y nacionales de la organización y del museo a través de la producción de folletos y documentales en video. También participé en conferencias y foros sobre la medicina tradicional indígena realizados en la ciudad de México, en Chiapas, Oaxaca, Yucatán y Guatemala. En estos viajes encontré muchos activistas de los derechos culturales y los derechos indígenas. Estos derechos están reconocidos oficialmente porque el país ha firmado el Convenio 169 de la OIT, pero todavía no están plenamente implementados en todo México. Parte de mi compromiso era entonces dar a conocer el trabajo de mi organización, compartir experiencias con otros activistas que, igual que nosotros, estaban y están impulsando la medicina tradicional y exigiendo el cumplimiento de nuestros derechos culturales.

Dentro de nuestra labor en el CEDEMM coadyuvamos a la formación de otros museos comunitarios y promovimos la preservación de las culturas indígenas. De hecho, entre 2000 y 2002, fui presidente de la mesa directiva de la Unión de Museos Comunitarios del estado de Chiapas (UMCECH).

Esta unión tenía como función “Rescatar las costumbres y los saberes de Chiapas”. Organizamos visitas a los museos existentes para informarnos y mejorar la presentación de nuestras exposiciones, también realizamos talleres para capacitar a la gente en cómo armar un museo comunitario y cómo cuidar el espacio y las exposiciones.

Creo que mi trabajo en la OMIECH me ha permitido, sobre todo, hacer algo para las comunidades. Me abrió el camino hacia la comunicación y la participación con la gente en distintas comunidades indígenas y organizaciones sociales del estado. Estas experiencias laborales me han enseñado, primero, a confrontar los programas y proyectos del gobierno en cuestiones de salud y, segundo, a promover un modelo distinto de salud comunitaria que sea accesible a la gente y acorde a su cosmovisión. En pocas palabras, hemos trabajado para defender nuestros territorios y recursos naturales así como para hacer valer nuestros derechos y saberes. Hemos peleado para hacer valer nuestra causa.

¿Por qué hacer trabajos visuales?

En el año 2000 participamos Hortensia Gómez y yo, como miembros de la OMIECH, en el Diplomado en Antropología Visual con Especialidad en Derechos Indígenas. Durante el Diplomado y con el apoyo del Proyecto Videoastas Indígenas de la Frontera Sur, descubrí mi pasión para realizar videos documentales con el afán de promover los derechos indígenas y difundir los saberes de nuestras culturas a través de la cámara y del micrófono, registrando las palabras y las prácticas de la gente. A partir de mi trabajo en las comunidades, me di cuenta que mucha gente se anima con los medios visuales, especialmente con la televisión. Pero en los canales de la televisión existen desgraciadamente muy pocos programas que muestran a la gente sus propias culturas y costumbres y las de otros pueblos. Acorde con los objetivos de la OMIECH, vimos la importancia de producir nosotros mismos tales materiales en video para compensar la falta de información en los medios masivos.

Muchas personas simplemente no tuvieron la oportunidad de ir a la escuela y por ello no saben ni leer ni escribir. Y no es que son “ignorantes” como lo afirman algunos; por ejemplo, en la generación de mis papás fueron pocos los afortunados que pudieron ir a la escuela. Mucha gente de esta generación no se pudo enterar de lo que pasaba en el mundo a través de la lectura y eso me llevó a preguntarme: ¿Qué pasa con la gente que no puede leer y que no tiene acceso a otros medios? Ahí constaté una enorme falta de comunicación y decidí tomar una cámara de video para grabar la vida de nuestros pueblos. Me interesa registrar y enseñar experiencias que no son vistas en los medios masivos, pero que son significativas para poder valorar o revalorar los saberes de nuestros pueblos.

Para mí, narrar una historia de la comunidad o de un pueblo en video es algo fundamental, ya que presenta la palabra verdadera del pueblo y no la mía aunque sea yo el realizador del video. Mediante imágenes en movimiento, me dedico a revelar los conocimientos y los valores, los que todavía existen y los que ya se están perdiendo. Todo eso, con el fin de regresarlos a la gente y mostrarles su importancia. Entiendo mi tarea como grabar y editar para representar y difundir estos conocimientos. Por ello, considero que no es malo utilizar la tecnología del video que está a nuestro alcance. Se trata precisamente de saber utilizarla, ya que es una herramienta de propuesta, de aprendizaje y de enseñanza en las diferentes temáticas que son importantes para uno mismo, para la comunidad e, incluso, para el mundo entero. El video es también, para nuestra lucha, un arma de protesta y de denuncia.

El Museo de la Medicina Maya

He participado indirectamente en todos los trabajos y las áreas de nuestra organización; es decir, en la planeación y ejecución de proyectos, acompañando a los médicos tradicionales en sus salidas al campo, en la preparación de productos medicinales herbolarios, en talleres de capacitación, etcétera. Pero,

principalmente, fui el encargado del museo que está en El Centro de Desarrollo de la Medicina Maya. En este museo estamos mostrando a la sociedad el modelo de salud indígena con el que estamos trabajando en la OMIECH, un modelo práctico que recupera los propios conocimientos y plantas medicinales de la región en vez de aplicar teorías y prácticas ajenas como lo propone el modelo de la salud pública del Estado.

Nuestro museo es una ventana para las culturas indígenas de la región ya que permite a los visitantes nacionales e internacionales ver de manera sintetizada como se vive en las comunidades de Los Altos de Chiapas. En nuestras exposiciones queremos dar a conocer nuestros saberes tradicionales y nuestra cultura que la gente de fuera no conoce más que en algunos aspectos folklóricos. El objetivo de nuestro museo es que los visitantes aprenden algo (útil) de nuestra cultura y se lo pueden llevar en su corazón y su mente. Para nosotros, es importante que se conozcan y reconozcan nuestras culturas y por ello queremos ofrecer una mirada particular para que puedan entenderse nuestros mundos. Y claro, ponemos especial énfasis en la medicina indígena tsotsil-tseltal que se practica en Chiapas. Pero también nos interesa el intercambio en este ámbito. Nos han visitado grupos de indígenas de Guatemala, Canadá y los Estados Unidos de América para compartir sus experiencias en el campo de la medicina tradicional y eso ha sido muy rico. Y, por supuesto, el museo es también una fuente de ingreso importante para nuestra organización.

La comunicación visual

En el año de 1998, llegaron cuatro jóvenes de la ciudad de México para trabajar con nosotros como prestadores de servicio social, ellos eran estudiantes de la licenciatura de Comunicación en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM)-Xochimilco. Junto con ellos realizamos tres videos, a saber: *La atención al parto*, *Recorrido por el Museo de la Medicina Maya* y *Preparados de plantas medicinales*. La colaboración con estos estudiantes de comunicación me abrió otra dimensión del trabajo visual que realizamos

en el Museo. Entonces no conocía las cámaras de video y no tenía ninguna idea de cómo se producen los programas de la televisión. Fue impresionante descubrir cómo se hacían videos.

Así, prendido, me ofrecieron participar en el Diplomado de Antropología Visual con Especialidad en Derechos Indígenas que fue organizado por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social del Sureste (CIESAS-Sureste) y el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA) de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH). Ésta fue otra experiencia muy importante, porque la gran mayoría de los participantes y de los maestros éramos indígenas y, por supuesto, nos comunicamos nuestras experiencias sucedidas en nuestras comunidades u organizaciones.

En este diplomado realizamos varios videos en equipo. Yo participé en la producción de un documental que llamamos *El secreto de las plantas medicinales*. Éste fue producto de un equipo de cinco, de los cuales cuatro eran mujeres: Hortensia, Merit, Cecilia y Margarita. Fui yo el único hombre en este grupo y me acuerdo que colaboramos en todas las chambas desde la cámara y la grabación del sonido hasta la edición y la postproducción. Aun así, y formando un colectivo de trabajo, las mujeres siempre me hicieron cargar la cámara. Al inicio pensaba que no podría llevarme con ellas, pero reconozco que fue interesante el trabajo conjunto porque ellas aportaban buenas experiencias. Aun con discusiones y concesiones llegamos a entendernos y a ponernos de acuerdo. Fue muy grato poder trabajar con Hortensia, Merit, Cecilia y Margarita.

El compartir nuestras experiencias es la forma de construir nuestros conocimientos

El encuentro con los compañeros y las compañeras del diplomado fue una experiencia enriquecedora, porque me dio muchos elementos para hacer mejores videos documentales. Con los estudiantes de la UAM había fungido más de acompañante y de traductor. En el equipo del diplomado,

sí colaboramos de manera más equitativa. Aunque la visión de cada uno era diferente, cada uno aportó algo valioso desde sus vivencias comunitarias y conforme a las perspectivas desarrolladas en nuestras organizaciones. Hubo ciertos sesgos de género, por ejemplo, las mujeres de mi equipo preferían entrevistar a mujeres, mientras que yo me inclinaba más hacia los hombres. Noté también diferencias de gusto en las tomas, por ejemplo, a mí me gustaba tomar planos generales y jugar con el *zoom* mientras que mis compañeras se fueron más con los detalles. Yo grabé el arbusto de una planta medicinal, ellas se fijaron en el detalle de sus flores. Luego las felicitaron los maestros por esas tomas y me di cuenta que era importante tener una variedad de tomas, desde las más generales a las más detalladas, para tener opciones al momento de la edición. Otra cosa que me llamó la atención es que a ellas no les importó que la gente huyera cuando veía la cámara. Ellas se iban corriendo atrás de la gente y seguían grabándola, mientras que yo –quizá por miedo a que me quitaran la cámara– era más cuidadoso y recomendaba respetar a las y los que no quisieron ser grabados.

Pero ahí hay un asunto más general y lo considero esencial: el respeto de los demás en los medios. No me gusta el estilo agresivo de algunos periodistas que te presionan para que sueltes tu secreto, para que les des la información que ellos quieren obtener de ti. Para mí, cuando hacemos grabaciones de video necesitamos tener cuidado y mucha sensibilidad: ¿Hasta dónde tus entrevistados te permiten llegar con tus preguntas y hasta dónde tú vas a intentar penetrar sus secretos? Por ejemplo, con las mujeres no resultó nada fácil preguntarles: ¿Cómo fue tu enfermedad? o ¿cómo fue tu parto? Estos son asuntos muy íntimos y hay que tratarlos con todo el respeto posible. Al mismo tiempo, pienso que si yo no logro confianza con la gente que colabora conmigo en mis videos, no voy a poder grabar cosas interesantes, no voy a cumplir como videoasta. Surge de la confianza lo que la gente te puede permitir conocer de ella. Entonces para mí son clave la confianza y el respeto para llevar a cabo el oficio de videoasta. Luego viene sola la gratitud de mi parte porque la gente

me dejó entrar en su hogar, en su corazón. Es finalmente a través del compartir nuestras experiencias que construimos nuestros conocimientos.

Desarrollo

A partir de haber participado en estos trabajos audiovisuales, propuse a la OMIECH la creación de un área de comunicación para dar seguimiento al proyecto audiovisual de la propia organización. Esta área tiene las siguientes estrategias: realizar videos documentales y promocionales sobre las labores de la organización y producir materiales audiovisuales de capacitación para su uso en talleres. Todo ello con el fin de promover y difundir los conocimientos y las prácticas de la medicina maya de Chiapas, lo que incluye también investigar sus procesos históricos y la relación con su entorno cultural y social. Así mismo, es importante destacar los procesos organizativos de los promotores y de los médicos indígenas.

En el año 2003, el área de mujeres y parteras de la OMIECH operó un proyecto de capacitación sobre plantas medicinales, dirigido a viudas y madres solteras en la zona norte de San Cristóbal de Las Casas. Como documentación de este proyecto produjo el video denominado *Proyecto: Capacitación de jefas de familia*.

En el año 2004, esa misma área ejecutó otro proyecto en las comunidades socias de la OMIECH, intitulado *Rescate y fortalecimiento a la partería tradicional indígena de Chiapas*. Los temas abordados y registrados en el video fueron la atención de las parteras mayas al embarazo, parto y puerperio. Al respecto elaboré el documental que intitulé *Saberes de las parteras indígenas mayas de Chiapas*. Este video se sigue proyectando y discutiendo en diferentes comunidades indígenas de Los Altos, La Selva, El Centro y la Región Fronteriza de Chiapas. También ha sido proyectado en San Cristóbal de Las Casas, Tuxtla Gutiérrez y otros estados de la República: Veracruz (Universidad Veracruzana); Oaxaca (las comunidades de Zanatepec, Unión Hidalgo, La Ventosa, San Dionisio y en diferentes espacios culturales de la capital oaxaqueña). Este video fue seleccionado

también en el año 2006 para participar en *La Raíz de la Imagen*, el VIII Festival Internacional de Cine y Video de los Pueblos Indígenas, organizado por la Coordinadora Latinoamericana de Cine y Comunicación de los Pueblos Indígenas (CLACPI) y diversas organizaciones de la sociedad civil mexicana.¹

En el año 2005, produje un video promocional sobre las actividades que realizan las diferentes áreas de trabajo de la OMIECH, en donde se hace hincapié en la importancia de las prácticas de la medicina tradicional indígena en Chiapas. Lo llamamos *Una experiencia en salud intercultural*.

En 2007, con el apoyo para Proyectos de Comunicación Indígena de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), realicé *Las plantas medicinales mayas tsotsiles-tseltales de Chiapas*. En este trabajo muestro la gran trayectoria de la herbolaria medicinal desde la época prehispánica hasta nuestros días, la cual sigue siendo un recurso muy útil para la salud en las comunidades indígenas actuales. También se señala que las empresas farmacéuticas nacionales e internacionales están realizando investigaciones bioprospectivas en torno a plantas medicinales, sin beneficio alguno para las comunidades indígenas. Al final, se propone el apoyo de la herbolaria medicinal local por parte de instancias gubernamentales como un instrumento determinante para la salud comunitaria y, en segundo término, como un detonante para el desarrollo regional.

Con luz prendida

Realizar estos videos me ha permitido aprender mucho y estoy muy agradecido, porque he podido hacerlo con personas en comunidades indígenas. El producir videos significa un constante aprendizaje para mí. Pero también es una cuestión artística. En captar escenas de la vida que conmuevan a los espectadores y que lleguen a sus corazones, allí reside para mí la expresión artística del video: tener la sensibilidad para descubrir algo elemental o significativo, la magia de los lugares y de la gente, la manifestación de un rito o de una curación importante. Para luego poder

transmitirlo en el video, despertar la sensibilidad de los espectadores y hacerles entender la esencia de lo que se les comunica.

Una curación, por ejemplo, conecta nuestra mente con la fe y la cosmovisión. Entonces es la tarea del videoasta crear imágenes videográficas estéticas –similar a un cuadro de pintura– para dejar entrar al espectador a este mundo que se le presenta. Al mismo tiempo soy yo que está descubriendo algo. Mi grabación registra un momento fugaz, irreplicable, de la vida y en teoría, éste queda para siempre. Como representación permite a la gente de la misma comunidad y a los demás descubrir algo más allá del momento fugaz vivido. La grabación de este instante puede desencadenar un proceso de entendimiento y volverse algo trascendente.

Por video indígena entiendo, sobre todo, un espacio cultural lleno de los saberes, las costumbres y las tradiciones de nuestros pueblos. Grabar estos saberes es hoy la única manera para poder rescatarlos y preservarlos para otras generaciones. Además, es una forma de sensibilizar a los demás, de enseñarlos a valorar y respetar dichos saberes. El video indígena presenta temas importantes y a veces polémicos para la discusión. Estas discusiones se dan entre la gente de la comunidad, entre maestros y alumnos, entre investigadores y un público más general. Cuando hice mi primer trabajo de video, me di cuenta que no sólo vale la información escrita sino que tiene mucha fuerza y valor lo audiovisual porque nos permite analizar una situación e interpretarla a la luz de lo que estamos viendo y escuchando. Me parece que es una buena forma de hacer promoción y difusión.

Lo que me gusta en el trabajo del video es poder convivir con la gente y colaborar directamente con ella. Tener la oportunidad de participar en diferentes modos de vida indígena en las comunidades, intercambiar conocimientos respecto a la medicina maya en sus distintas prácticas locales, conocer costumbres y tradiciones diferentes y, sobre todo, saber cómo respetarlas. En los talleres y en la capacitación que impartimos junto con otros compañeros del Centro de la Medicina Maya, pretendemos socializar los conocimientos acerca de la misma materia, la medicina tradicional, en sus diferentes variantes comunitarias en la región. El video tiene una

función importante para la difusión de estos conocimientos, para dejarnos entender su valor vital y apoyarnos para fomentar el respeto que estos saberes merecen.

El poder del *j-ilol*

Con el trabajo en la OMIECH empecé a reconocer y valorar mucho más la fuerza y el poder de los *j-iloletik*, curanderos y curanderas, para sanarnos. A pesar de que yo mismo soy de una comunidad, en su momento no presté mucha atención a este saber curar. En una de mis primeras salidas a comunidad con los compañeros de la OMIECH tuve la oportunidad de ver una señora grande curando con hierbas y haciendo una limpia. En este momento recordé las hierbas que mis papás me daban cuando estaba enfermo y me di cuenta que no sólo en mi lugar se curaba de esta manera, sino en muchas comunidades. Reconecté con estos conocimientos y prácticas terapéuticas ancestrales y empecé a darles otra vez el valor que tienen para la gente en nuestras comunidades. Me siento en casa con el conocimiento de los abuelos y a través de mi trabajo en la OMIECH empecé a valorarlo de nuevo.

Un elemento clave para que funcione una curación con un médico tradicional es nuestro corazón. El paciente necesita tener respeto frente a las formas tradicionales de curación y fe en ellas. Entonces su espíritu se salva y su cuerpo se sana, se cura de la enfermedad. Hace varios años, tuve una pesadilla con una culebra muy venenosa que llaman el coralillo. En mi sueño, estuve en un cerro donde me encontré con esta culebra que me atacó, luego se enrolló en mi pierna y por nada me la pude sacar. Con dificultad me deshice de ella por pedazos sin que me picara, entonces me desperté sudando. De hecho, en los días anteriores me había sentido muy solo, con problemas personales que no pude platicar con nadie. Mis papás me dijeron que mejor no vaya al cerro, que tal que el sueño era un aviso.

Así pues me regresé a San Cristóbal a la escuela y pasados unos días caí muy enfermo con una fiebre que casi me mató. Llamaron a un médico alópata quien me bajó la fiebre con tres inyecciones consecutivas. Me sentí mejor; pero dentro de unos días, en otro sueño, una persona desconocida me avisó que me tenía que curar propiamente, que mi enfermedad no había terminado. Entonces me fui con un *j-ilol*, un curandero. Él encendió muchas velas porque las velas están conectadas con los Dioses y la Madre Tierra. Mirando a través de las velas, el curandero puede establecer comunicación con ambos. De esta forma el curandero se enteró de mi problema y me dijo: “Qué bueno que no te mordió la culebra, y qué bueno que viniste a verme porque tu alma está atrapada por malos espíritus. Pero no te preocupes, te vamos a curar”. En tres sesiones me hizo limpias con los materiales que me pidió que llevara. Al final me dijo: “En quince días te vas a sentir mejor”. Y efectivamente, me sentí mucho mejor y me sentí curado. Y así fue.

En mis videos muestro los saberes no ocultos, es decir, saberes ancestrales que siempre están ahí, porque se transmiten de una generación a otra. Las parteras y los curanderos, por ejemplo, practican estos saberes en la terapia y el demás cuidado de sus pacientes. Ahí existe un conocimiento empírico al cual todo mundo tiene acceso y es ese conocimiento que yo puedo revelar en mis videos. Pero hay otro conocimiento espiritual que se transmite a través de los sueños. La capacidad de soñar y recibir estos conocimientos espirituales es hereditaria dentro de la familia y pasa por la sangre. Normalmente es un hijo o una hija que hereda el don que tiene su papá o su mamá, es el primer o último hijo o la primera o última hija, aunque a veces el don puede brincar una o dos generaciones. El que tiene el don de soñar, sueña que tal hijo o hija también lo va tener. La capacidad de soñar, de recibir conocimientos espirituales, es un regalo de Dios. L@s verdader@s curander@s (*j-iloletik*), que pueden ser pulsadores (*jpik ch'ich'etik*), hierber@s (*j-ak' vomoletik*), parteras (*jvet'ometik*) o hueser@s (*jts'ak baketik*), complementan sus conocimientos empíricos

con sus capacidades de comunicación espiritual con los Dioses y la Madre Tierra, con los *ch'ulelaletik* de las plantas y con el *ch'ulel* del paciente para poder curarlo. Lo que yo no puedo mostrar en mis videos es este conocimiento espiritual que es oculto para los que no tienen el don de soñar, que no tienen una conexión espiritual. Esta parte del conocimiento que está presente o implícita en las imágenes queda invisible para ellos.

El deber del *jlok'tavanej*

También vale destacar que mi estilo es diferente al de un comunicólogo profesional que es egresado de una universidad y trabaja para los medios de comunicación masivos. Como indígena tengo otra visión y postura cuando realizo videos documentales en pro de mi comunidad o mi pueblo. Es muy diferente que un videoasta indígena, un *jlok'tavanej*, uno que saca imágenes, haga grabaciones en un pueblo con el consentimiento de la gente y luego las regrese. En cambio los periodistas kaxlanes, en particular, las personas enviadas por empresas televisoras tanto estatales, nacionales como internacionales, persiguen intereses particulares que en muchos casos no tienen nada que ver con los intereses de la gente que graban. Hemos visto cómo ellos impunemente manipulan a los hermanos indígenas, grabándolos y utilizando sus imágenes fuera del contexto y

para sus propios argumentos. Para mí, lo conveniente sería que la gente indígena de la comunidad hiciera sus propios documentales para el bien de sus organizaciones sociales. Esa gente tiene otro modo de pensar y, ante todo, conoce su propia cultura, y eso le da mucha validez a sus videos.

Mis trabajos audiovisuales tienen que ver directamente con la misma gente indígena que aparece en ellos. Mis videos representan las propuestas, las protestas, las denuncias, en una palabra, la lucha de mi organización y de nuestros pueblos; demuestran alternativas que hemos elaborado nosotr@s para fomentar el rescate, la defensa y el desarrollo de nuestras culturas indígenas. Quiero continuar en este camino de videoasta popular, realizando documentales y proyectos al servicio de mi organización y de nuestros pueblos, para seguir plasmando audiovisualmente y analizando de forma respetuosa asuntos importantes de nuestras culturas con el fin de sensibilizar a la gente de nuestras comunidades pero también al mundo fuera de ellas.

Notas

¹ Para este festival se presentaron 222 producciones de 23 países, quedando constituida la muestra oficial por 58 producciones de 17 países.